

to. Los eclesiásticos mas moderados pidieron seriamente al obispo que evitase los graves conflictos que no podrian menos de ocurrir si se empeñaba en seguir con su obstinacion. «Si estais inocente, le dijeron, hablad, que ya es tiempo. Aquí nos teneis prontos á sufrir por vos el juicio de Dios. Si os place mas deber vuestra justificacion á los santos solitarios, ahora mismo vamos á pedirles que insistan en la prueba que habian propuesto.»

En vez de aceptar Pedro estas ofertas, como que conocia en su conciencia lo que en aceptarlas arriesgaba, obtuvo una orden del gobierno para obligar á los clérigos á reconciliarse con su obispo so pena de destierro y confiscacion de bienes, y al punto se procedió de un modo tan tiránico á la ejecucion, que sin ningun respeto á las inmunidades mas sagradas, sacaron á muchos de ellos de la iglesia de San Pedro, donde habian creído encontrar un asilo seguro. Este nuevo atentado conmovió á toda la ciudad: reunióse un inmenso tropel de gente del pueblo, y especialmente de mugeres: quitáronse estas sus velos y todos los adornos de la cabeza: corrieron desgredadas, dándose golpe de pecho y al propio tiempo dolorosos gritos: postráronse en medio de las calles despreciando la lluvia y los lodos, y esclamando llenas de consternacion: «¡desgraciadas de nosotras! Señor Dios nuestro, os obligan á abandonarnos. Vos no os desdenais de habitar con nosotras, pero no podeis estar con Simon Mago. Bienaventurado San Pedro ¿cómo no defendeis á los que en estar unidos con vos buscan la salvacion? Creíamos nosotras que habiais encadenado para siempre á Simon en el lugar mas profundo del infierno; pero vedle ahí que os injuria violando vuestros propios altares.» A su vez los hombres poseidos de una afliccion mas tranquila, pero mas profunda y siniestra, decíanse unos á otros: «Es claro que Jesucristo abandona

esta ciudad porque no se resiste en ella á sus enemigos. No los dejemos gozar el fruto de su impiedad: entreguemos á las llamas este lugar de maldicion; y nosotros con nuestras mugeres y con nuestros hijos huyamos á cualquier parte donde se retire Jesucristo.» En medio de estas revueltas y desórdenes son de notar los efectos de la perseverancia de los pastores en desengañar á los pueblos. El olvido pasajero de los verdaderos principios hace resaltar mas los recursos que suministró el Señor á su Iglesia para la conservacion, no solo de la sana creencia, sino tambien de aquella fé viva y activa que santifica las costumbres.

Entretanto la consternacion de los florentinos se comunicó aún á los eclesiásticos que sostenian el partido del obispo Pedro, de modo que cerraron las iglesias, y no osaron tocar las campanas, ni celebrar misa, ni cantar los oficios, aunque era primer domingo de Cuaresma. Celebraron por último una junta, y despues de examinar el asunto con toda reflexion, delegaron á algunos de ellos á los monges de Séptimo para rogarles que les manifestasen la verdad, pues estaban resueltos á seguirla. Aceptaron la propuesta, y fijaron su ejecucion para el miércoles siguiente. Hiciéronse con este objeto oraciones particulares el lunes y martes: el miércoles por la mañana comisionaron á uno de aquellos eclesiásticos para que se presentase al obispo, á quien no daban ya otro nombre que el de Pedro de Pavia, del lugar de su nacimiento, y le habló en estos términos: «En el nombre de Dios, si es cierto lo que los monges dicen de vos, confesadlo sinceramente, y sin tentar al Señor recurrid á su misericordia. Y si estais inocente, venid con nosotros sin ningun temor.» Pedro, sin explicarse, no quiso acompañar al diputado, antes bien hizo todo lo posible para detenerle en su casa. «Indudablemente, replicó este, iré á ver el juicio de

Dios y me conformaré con él. Hoy es el dia en que os honraré mas que nunca, ú os miraré con horror.»

Al regresar este eclesiástico, estaba ya lleno de gente todo el camino del monasterio de Séptimo. No se detenian las mugeres por lo áspero ni por lo largo del camino, que estaba casi intransitable, á causa del mal temporal. Hasta los niños acudieron, no obstante ayunar del mismo modo que sus padres, y sin arredrarse al ver que algunos de ellos se quedaban atascados en el lodo. Rodearon en pocos momentos el monasterio cerca de tres mil personas; y habiéndolas preguntado los monges qué era lo que querian, respondieron: «queremos conocer la verdad y la voluntad de Dios.»—«¿Por qué medio, replicaron los monges, pedís que se manifiesten?»—Los eclesiásticos que estaban mezclados entre el tropel del pueblo, tomaron la palabra, y digeron: «Probad por medio del fuego lo que se dice de Pedro de Pavia.»—«¿Y qué fruto sacareis de esto, digeron los monges, y qué honor dareis por ello á Dios?»—Todo el concurso exclamó entonces: «Detestaremos la impiedad, y daremos á Dios gracias inmortales.»

Al punto el pueblo hizo dos hogueras, cada una de diez pies de larga, cinco de ancha y cuatro y medio de alta. No habia mas que dos varas de distancia entre una y otra, y este intervalo estaba cubierto de leña seca. Mientras se hacian estos preparativos, se cantaban salmos y letanias en un tono muy lúgubre. Fué elegido para la prueba un monge llamado Pedro, como el obispo acusado, pero que gozaba gran reputacion de virtud. De orden del abad celebró la misa, que fué cantada con mucha devocion y lágrimas de todos los concurrentes. Al llegar al *Agnus Dei* salieron del circo cuatro monges, y con paso lento, la vista clavada en el suelo, tristes, pálidos,

trémulos y casi sin poder sostenerse, fueron á encender la hoguera. Llevaba uno un crucifijo, otro el agua bendita, el tercero e incensario, y el cuarto doce velas benditas y encendidas. Dieron todos un grito terrible al ver este espectáculo, y despues cantaron el *Kyrie eleison* con un tono tan lúgubre que aterraba á los mas alentados. Pidieron á Jesucristo que defendiese su causa, é invocaron á la Virgen Maria, al Principe de los Apóstoles y á San Gregorio Papa, para que vindicasen el honor de la Iglesia.

Habiendo concluido entonces la misa el monge Pedro, se quitó la casulla, quedóse revestido con los demas ornamentos y con la cruz en la mano, cantando las letanias con los monges y muchos abades, se acercó á las hogueras que estaban ya encendidas. El pueblo redobló sus oraciones con una voz sumamente fuerte, despues de lo cual se impuso silencio para oir las condiciones de la prueba. Leyó un abad al pueblo en voz alta y clara una oracion que contenia lo que se pedia á Dios. Explicó otro las condiciones en estos términos: «hermanos y hermanas mias, Dios nos es testigo de que hacemos esta prueba por la salvacion de vuestras almas, para que en adelante eviteis la simonia que hace en la Iglesia unos destrozos tan funestos, y entendais que es tan abominable que comparados con ella los demas delitos apenas merecen el nombre de tales.»

Estando ya casi hechas carbon las dos hogueras, y ofreciendo á la vista un fuego espantoso el espacio que las separaba, pronunció el monge Pedro en voz alta la oracion siguiente: «Dios Todopoderoso, asistidme en este juicio terrible. Si Pedro de Pavia usurpó por simonia la Silla de Florencia, preservadme de los efectos del fuego, asi como en otro tiempo conservásteis sanos y salvos en el horno á los tres niños.» To-

dos los circunstantes respondieron *amen*, derramando un torrente de lágrimas. Dió despues el ósculo de paz á todos sus hermanos, quienes preguntaron al pueblo cuánto tiempo queria que Pedro permaneciese en el fuego; á lo que respondió la multitud: «basta que pase por él con alguna lentitud.»

Santiguóse Pedro, fijó la vista en la cruz que llevaba, y sin mudar de color ni aun mirar á la hoguera, entró en ella descalzo y principió á andar con un paso lento y uniforme. El viento causado por la llama le agitaba el cabello, le levantaba el alba, movia la estola y le arrojó el manipulo en medio de una de las hogueras. Fué Pedro á recogerle, continuó andando como antes, y se presentó por último fuera de las llamas sin que hubiesen hecho estas la menor impresion en su persona ni en su vestido. No habia perdido ni un solo cabello, ni un pelo de los párpados ni de las cejas. Cuando salió de enmedio del fuego quiso volver á pasar por él otra vez; pero deteniéndole los concurrentes se apresuraron todos á besarle los pies, á hacer con él las demostraciones mas espresivas de veneracion, y á tocarle por lo menos las vestiduras tan maravillosamente conservadas. Todos cantaban las alabanzas de Dios, derramando lágrimas de alegría, ensalzando á San Pedro y detestando á Simon Mago.

Tal es la relacion que de este suceso hicieron por escrito al Papa Alejandro II el pueblo y el clero de Florencia, pidiéndole que los librase de los simoniacos; y fué tan grande la impresion que causó en el ánimo del Pontífice, que procedió desde luego á deponer al obispo Pedro, y aun este mismo quedó tan afectado que para reparar los muchos escándalos que habia causado abrazó la vida monástica en el monasterio mismo de Séptimo (1). Así acabaron las tur-

(1) *Ital. sacr. tom. 3, pag. 931.*

bulencias de la iglesia de Florencia, á la cual se dió luego un obispo tan distinto de su predecesor, cuyo nombre tenia tambien, que mereció ser llamado Pedro el Católico. El monge Pedro, que habia pasado por el fuego, quedó con el nombre de Pedro Igneo. Era de la familia de los Aldobrandinos, llegó á ser cardenal y obispo de Albano, y murió como habia vivido con gran reputacion de santidad.

Tambien se restableció la regularidad en la iglesia de Milan, cuyo arzobispo, á pesar de sus juramentos, habia cometido unos excesos mas enormes que antes de su aparente conversion. Él fué quien hizo martirizar al diácono San Arialdo, aún mas ilustre por su celo contra la simonía y la incontinencia de los clérigos, que por los títulos de su casa condecorada con la dignidad del marquesado, que era entonces poco comun (1). Diez años habia que Arialdo defendia la disciplina con aquel carácter de autoridad que es propio de la nobleza y de la virtud reunidas, cuando su indigno pastor, Guido de Milan, mandó que le prendiesen á traicion y le llevasen á un desierto al otro lado del Lago Mayor. La sobrina del arzobispo, mas perversa que su tio, y capaz de todos los excesos que suelen atribuirse á este género odioso de nepotismo, temió que aquellos mismos que habian ejecutado la prision de Arialdo le perdonasen la vida respetando sus virtudes. Envió, pues, dos clérigos viciosos, como mas seguros egecutores de una atrocidad que sus primeros satélites. Cuando llegaron al sitio destinado, preguntaron dónde estaba Arialdo; los que le habian conducido respondieron que ya estaba muerto. «Muerto ó vivo, replicaron aquellos, es necesario que nos le presentéis, porque esta es la orden que traemos de la sobrina de nuestro arzobis-

(1) *Bolland. 27. Jun. tom. 23, pag. 270.*

po:» y mirando por todas partes descubrieron á Arialdo que estaba todavía atado y sentado en una piedra.

Abalanzáronse á él con espada en mano; pero en vez de sacrificarle en el momento le cojió cada uno de una oreja, é hicieron los mayores esfuerzos para obligarle á desaprobar lo que habia dicho en defensa de los santos cánones. Viendo que nada adelantaban, le cortaron las orejas: volvieron á estrecharle de nuevo, pero tan infructuosamente como la primera vez; y esta segunda resistencia les movió á cortarle la nariz y el labio superior. Sacáronle los ojos, cortáronle luego la mano derecha porque habia escrito al Sumo Pontífice reclamando su auxilio en favor de la iglesia de Milan; en seguida le mutilaron de un modo aun mas indigno, burlándose de la castidad que habia guardado fielmente y defendido con generoso esfuerzo; y por último le arrancaron la lengua por debajo de la barba; diciendo: «impongamos un silencio eterno al perturbador del clero.» Arialdo espiró á manos de estos monstruos el dia 28 de junio de 1066 y al año siguiente fué canonizado por Alejandro II. Su cuerpo, que habia sido arrojado en lo mas hondo del lago Mayor, fué hallado al cabo de diez meses sin la menor corrupcion.

En 30 del mismo mes y año (1066) murió en las cercanías de Vicenza y de un modo mas suave y no menos precioso á los ojos del Señor, San Thibaldo de Provins, francés, y emparentado con los condes de Champaña (1). Teniendo desde jóven una inclinacion muy grande á la vida eremítica, habia abandonado en secreto la casa paterna, con un caballero amigo suyo llamado Gautier ó Galtiero, y pasado ambos al pais de Tréveris despues de haber trocado sus vestidos con los de dos pobres peregrinos.

(1) *Vit. saec. VI Bened. part. 2.*

B. DEL C., tomo V.—XVIII.—HISTORIA ECLESIASTICA.—Tomo III.

Alli vivieron mucho tiempo en una suma pobreza, ganando su vida con el trabajo y ejercicios mas viles, como segar el heno, limpiar los patios y las cuabras y hacer carbon. Como no estaban bastante diestros en unas funciones tan nuevas para ellos, fueron muchas veces maltratados por sus amos groseros sin darse jamás á conocer. Entretanto Thibaldo quiso aprender á leer para instruirse mas perfectamente en las verdades eternas. Buscóle Galtiero por maestro un clérigo piadoso, pero tan pobre, que no tenia ni un Salterio, y los dos ermitaños carecian de dinero para comprarle. Consiguó Galtiero del clérigo que pasase á Provins á pedir á Arnulfo, padre de Thibaldo, el libro que necesitaba su hijo. Arnulfo y Guilla, su muger, honraban con su religiosidad el alto puesto en que se hallaban constituidos. La larga ausencia de su hijo les habia causado unas inquietudes mortales, pero experimentaron el mas dulce consuelo al saber que los habia dejado únicamente por Dios. Dieron gracias al Señor, porque encontraban un santo en vez de un hijo pródigo; pero Arnulfo no quiso enviar el Salterio, sino que dijo que le habia de llevar él mismo; y en efecto fué con el maestro hasta Tréveris.

Estando cerca de la ciudad, entró solo el maestro, y dejó á Arnulfo junto á un árbol á donde solia ir Thibaldo á dar leccion. Al momento llevó allí á su discípulo con el pretexto de ver los progresos que habia hecho durante su ausencia; pero luego que á lo lejos descubrió Thibaldo á su padre, exclamó diciendo: *me hacen traicion*, y huyó precipitadamente. Arnulfo le siguió deshecho en lágrimas y gritando: «Hijo mio, ¿por qué huyes de un padre que respeta en tí la obra de la gracia? No pretendo distraerte de tus piadosos designios; solo quiero edificarme contigo, y llevar á una madre moribunda noticias capaces de res-

tituir la vida. —Thibaldo respondió á esto: «Señor (porque no volvió jamás á llamarle padre desde el punto en que se retiró), vivid felices uno y otro, y dejadme vivir en la paz de Jesucristo.» —Replicó Arnulfo: «Todo te falta, hijo mío, mientras nosotros vivimos en medio de la abundancia. Recibe lo que necesitas para subsistir, siquiera para que te acuerdes de nosotros.» —Pero el Santo respondió: «Nada puedo recibir de lo que he abandonado por Dios.» Alejóse despues de esto, y fué tan fiel á las obligaciones que se habia impuesto, que temió ponerse á peligro de faltar á ellas volviendo á ver á su padre. Galtiero, igualmente fiel á la ley de la mas rígida pobreza, dijo á Arnulfo que su hijo no necesitaba mas que un Salterio, y no quiso recibir de él ninguna otra cosa.

Para evitar en lo sucesivo semejantes visitas, pasó Thibaldo á Roma con la resolución de ir mucho mas adelante y de llegar hasta Jerusalem. Pero Galtiero, que era ya muy anciano, quedó tan quebrantado con solo el viaje de Italia, que fué necesario detenerse cerca de Vicenza, en un lugar llamado Salanico, donde murió al cabo de dos años. Thibaldo, que vivió siete años mas, no trató de otra cosa que de aumentar sus austeridades y su desprendimiento de las cosas terrenas, progresando cada dia mas en todo género de virtudes. Despues de haberse sustentado algun tiempo con pan de cebada y un poco de agua, se abstuvo enteramente del pan, y solo comia algunas yerbas, raices ó frutas silvestres, sin ninguna especie de bebida. No se acostaba nunca, y los pocos momentos que dormía era sentado. Por respeto á su virtud le obligaron á que se dejase ordenar de sacerdote, y en el último año de su vida recibió el hábito monástico. Empezó su padre la peregrinacion de Roma para verle segunda vez; y temiendo su madre Guilla, por la

relacion que de su santo hijo la hizo Arnulfo, que no habia de tener el consuelo de volver á verle, hizo que su esposo la llevase á Italia. Cuando se vió al lado de su hijo esta piadosa y tierna madre, no quiso separarse de él, y á ejemplo suyo se consagró al servicio de Dios en la soledad. En fin, doce años despues de haber abandonado Thibaldo su país, murió en su retiro de Salanico: la Iglesia honra su memoria el dia primero de julio.

Para terminar de un modo duradero las turbulencias de Milan, envió el Papa á esta ciudad algunos sugetos con el carácter de legados, los cuales publicaron varias constituciones y tomaron eficaces providencias para que se observasen. Al mismo tiempo los doctores mas ilustrados se declararon contra las pretensiones de la ignorancia, ó por mejor decir, de la licencia y de la obstinacion. Un principio de los mas fecundos en abusos era que muchos obispos estaban empeñados en que sus inferiores no tenían facultad para acusarlos; con cuyo motivo los doctores mas profundos y circunspectos sostuvieron, muy al contrario, que en caso de sospecha no habia cosa mas racional que obligar á los obispos, como tambien á los eclesiásticos de segundo orden, á dar razon de su inocencia ó á confesarse humildemente culpables. En apoyo de esta doctrina y para mejor demostrar su verdad, dijeron que si los prelados no pudiesen ser juzgados, nadie querria sujetarse á las leyes canónicas; y que si no fuese permitido á los hijos de una iglesia abrir la boca contra su pastor, resultaria en el primer orden una licencia arrogante y una impunidad destructora de toda disciplina, puesto que es casi imposible hallar en agena diócesis testigos de su conducta (1).

(1) Petr. Dam. lib. 2, Epist. 42.

El Papa Alejandro persiguió la incontinencia de los clérigos con la misma severidad que la simonía. La Dalmacia, que estaba contigua al imperio de Oriente, pero que seguía todavía los usos de la Iglesia latina, no se eximió de la vigilancia de este Pontífice, el cual envió al clero de esta provincia (1069) un decreto imponiendo entredicho, exclusion del coro y privacion de las rentas eclesiásticas, no solo á los obispos, presbíteros y diáconos que se casasen en lo sucesivo, sino tambien á los que conservasen las mugeres con quienes se hubiesen casado. De aqui se infiere, que las prevaricaciones de esta clase no procedían únicamente de la ignorancia y relajacion, sino que el ejemplo y la proximidad de los griegos contribuían á darlas un colorido bastante especioso en un tiempo en que estos puntos de disciplina no tenían aun toda la estabilidad fija y precisa que adquirieron despues. Pero el mal ejemplo, la rebelion de las pasiones, la corrupcion del siglo, y todos los esfuerzos del infierno reunidos para manchar la pureza de la Iglesia, solo sirvieron para aumentarla ó para hacerla mas inalterable.

Habiendo escitado en Inglaterra la muerte del santo rey Eduardo algunas turbulencias no menos perjudiciales á la Iglesia que al Estado, Guillermo, duque de Normandía y primo-hermano de este monarca, que se dice le habia instituido sucesor suyo, restableció en todo el reino un orden que jamás se habia visto en él (1). Murió Eduardo el dia 4 de enero del año 1066, y en él acabó la raza de los reyes ingleses, seiscientos veinte años despues de la primera entrada de esta nacion sajona en la Gran Bretaña. Se refieren muchos milagros de este santo rey, el cual guardó virginidad perpétua en el matrimonio, y fué canoni-

(1) Gest. Guill. pag. 196 et seq.

zado solemnemente noventa y cinco años despues de su fallecimiento. Se le llama San Eduardo el Confesor para distinguirlo del rey de Inglaterra del mismo nombre que era ya reverenciado como mártir.

Guillermo, que habia sido llamado al trono, era hijo natural del duque Roberto II y de Arleta. Su elevada estatura, su extraordinaria corpulencia, la fuerza de su temperamento, y todas las cualidades que constituyen á los héroes, compensaban ventajosamente el vicio de su nacimiento. Sin embargo, tuvo muchos obstáculos que vencer para ponerse en posesion, y aun mas para conservarse en el goce pacífico de la corona que se le habia legado. Una batalla en que manifestó la superioridad de su valor y talento para la guerra, le libró de Haroldo, que era cuñado de Eduardo y se habia coronado rey inmediatamente despues de la muerte de este; pero le fué preciso recurrir muchas veces á las armas para domar una nacion orgullosa é inquieta, que le obligó, á pesar de su natural bondad, á ejercer un imperio muy duro y á revestirse de una severidad que conservó toda su vida. Llamó á Inglaterra muchos normandos, á quienes enriqueció con las confiscaciones hechas á los rebeldes, é introdujo las leyes normandas, si bien interpoladas con algunas de los antiguos reyes ingleses. No se olvidó de incluir en ellas el dinero de San Pedro. Su actividad sin igual y el deseo del buen orden le movieron á tomar conocimiento de los asuntos eclesiásticos; pero si al principio lo hizo por miras políticas, como era sólidamente cristiano, se guió siempre por los motivos superiores de la fé y se mostró fiel á las reglas de una circunspeccion religiosa.

En el mismo campo de Hastings, donde habia conseguido la victoria que le puso en posesion de la corona, edificó en honor de San Martin un monasterio que se llamó de la Batalla ó el Bel, en latin *de Belle*. Habia